

Los
pequeños
brotes

Shel
Azcara



LOS PEQUEÑOS BROTES

ABEL AZCONA

Los
pequeños
brates

Abel
Azcóna





Abel Azcona (Pamplona, 1988) es uno de los creadores contemporáneos más reconocidos del panorama artístico internacional. Sus propuestas se asientan sobre los pilares que le ofrecen sus experiencias vitales y su autobiografía, marcada por el abandono, el maltrato infantil, la enfermedad mental o la prostitución. A través del cuerpo y

Abel Azcona

la palabra, y empleando como principales medios de expresión la performance, la instalación, el vídeo, la escultura, la pintura o la escritura, Azcona aborda de forma cruda y sin ambages cuestiones como el feminismo, el género, la sexualidad, las desigualdades sociales, el terrorismo o la religión. Su obra literaria ha sido recogida en diferentes publicaciones, tanto ensayos como libros de arte.

Primera edición: junio de 2019

Los pequeños brotes © 2019 Abel Azcona

© de la fotografía: Unai Beroiz

© de esta edición: Dos Bigotes, a.c.

Publicado por Dos Bigotes, a.c.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

isbn: 978-84-949674-4-3

Depósito legal: M-18711-2019

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

NOTA DE ABEL AZCONA

Siempre me han interesado más los procesos que los resultados. *Los pequeños brotes*, en esencia, son eso mismo. Pensamientos, fragmentos, notas al margen y anotaciones en cuadernos, paredes, lienzos o incluso detrás del billete de tren.

Sigo vivo gracias a poder desnudarme sin miedo. Sigo vivo gracias a compartir mi oscuridad sin pudor. Sigo vivo gracias a poder realizar una catarsis a diario con mi obra artística y ahora también escrita.

En estas páginas cada brote crece en una tierra enferma impregnada de locura, abandono y soledad. En una tierra seca, muerta y olvidada. En una tierra yerma pero, en contraste, pasional y resiliente.

Lisboa, mayo de 2019

EL PRIMERO DE LA LISTA

Pocas armas son más políticas que el cuerpo

El 3 de abril de 1988, la pareja de mi madre biológica se hizo cargo de mí en la clínica en la que nací. A pesar de criarme en Pamplona, nací por accidente en un centro dirigido por religiosas de la ciudad de Madrid. En esta clínica atendían diariamente a una decena de mujeres vinculadas a la indigencia o la prostitución. El hombre con el que me trasladé a Pamplona como hijo propio me ha contado en varias ocasiones el origen de mi nombre. Una de las religiosas del centro se ocupó de mi madre y pocos minutos antes de que ella me abandonase allí mismo, le facilitó una lista de nombres católicos para que dejara de ser «el niño de la habitación cuatro». Según su pareja, ella no lo pensó ni un minuto y dijo: «El primero de la lista». En aquel papel manuscrito podía leerse, el primero, el nombre de Abel.

LA FOTOGRAFÍA

Yo tenía doce años. Durante todo el curso escolar guardé una fotografía arrugada dentro del pupitre. Todas las profesoras me relegaban a la última mesa de la clase, a pesar de que por mi apellido me correspondía la primera o la segunda. En aquellos meses les conté a mis compañeros que la mujer de esa fotografía era mi madre. Recuerdo que era una actriz morena que llevaba un vestido blanco. La debí arrancar de alguna revista. En el tercer cajón de la mesa, en casa, acumulaba revistas viejas que compraba o sustraía de bibliotecas, tiendas o buzones. Todas ellas recortadas, pintadas y llenas de pegamento. Cada semana, mi madre adoptiva volcaba los cajones en mitad de la habitación porque estaban desordenados. Al volver de clase sabía que me encontraría mis cosas echas trizas en el suelo. Mientras recogía de rodillas todos aquellos objetos, ella me miraba con señal de desaprobación desde la puerta. Siempre viví aquella situación como un acto de humillación.

LA VECINA

Durante años, tuve una vecina en la zona donde vivía únicamente con mi madre adoptiva. Cuando cumplí quince años, esta vecina desapareció. Cuando mi madre adoptiva contrajo matrimonio, nos mudamos, y a los dos días de llegar a la nueva casa, me asomé por la ventana y vi a la misma vecina. Esta vez, aún más cerca que en el barrio anterior. Dos semanas después ya paseábamos de la mano.

DESAPARECIDO

Uno de los papeles de mi infancia que siempre me ha acompañado en mi vida nómada es un cartel de búsqueda que se difundió durante varios meses en calles y comisarías. Se buscaba a un niño llamado Abel David Lebrijo Luján, nacido el 1 de abril de 1988. Pelo castaño y ojos marrones. En el momento de la desaparición, vestía pantalón largo verde y camisa de cuadros verdes y marrones claros. Jersey azul marino, con una franja en la cintura con dibujos blancos. Anorak gris y botas deportivas blancas. Y un gorro de lana con una borla de color morado.

Aquella tarde lluviosa desaparecí después de una visita pactada entre la familia de acogida y la pareja de mi madre biológica, que me crio los primeros años. Ellos ya no tenían mi custodia y en un permiso de fin de semana acabé secuestrado durante días. Como me buscaba la policía, debía permanecer en silencio y me encerraban durante horas dentro de un armario para que nadie me encontrase. Creo que allí aprendí a sentirme más cómodo en la oscuridad.

LA PAREJA

Fueron tres meses en los que yo fui el amante. En secreto. Los últimos días, los dos descubrieron que era el amante de ambos y que además del sexo, el desconocimiento también era mutuo.

LA ENCINA MILENARIA

Recuerdo un camino de tierra y piedras a la salida de un pueblo que se llama Eraul. Al final del camino se hallaba una encina milenaria quebrada por un rayo. Varias veces al año, el grupo catequista al que pertenecí desde mi adopción nos llevaba a unos veinte niños a pasar allí tres o cuatro días. Días marcados por juegos, retiro y oración. Yo solo tenía ocho años y nos habían prohibido terminantemente salir del pueblo. Una tarde, desobedecí y anduve más de media hora hasta llegar a la encina y trepé a la rama más alta. A las dos horas tuvieron que venir a rescatarme porque no encontraba la forma de bajar.

EL NIÑO PERDIDO

Las calles de Pamplona llenas de gente por la fiesta patronal. La ciudad triplica su población durante los Sanfermines. Paseaba junto a una madre de acogida, la que dos años después se convertiría en madre adoptiva. De repente me quedé solo. Estuve caminando y buscando. Varios adultos me preguntaron y terminé en un autobús en el que se podía leer: «El autobús de los niños perdidos». He sido un niño perdido toda la vida.

EL HOYUELO

Siempre que sonrío me sale un hoyuelo, pero únicamente en un lateral del rostro. Yo sé que es una herida de guerra. Es un doble mordisco, interno y externo, que me ha dejado una cicatriz por dentro y que al sonreír me dibuja esa especie de falso hoyuelo. En la primera familia en la que me crie, éramos varios niños y niñas, y justo fue uno de ellos el que en una pelea decidió morderme la cara. El informe de Bienestar Social para la retirada de la custodia hace referencia a una familia desestructurada con entre cuatro y doce menores en situación de precariedad. Años después, debido a que mi madre adoptiva trabajaba en entidades católicas vinculadas al abandono y la protección de menores, volví a encontrarme con él, con mi primo por así decirlo, en un apartamento a las afueras de Pamplona. Nos dejaron en una habitación con literas para jugar, nos masturbamos y orinamos por la ventana de un séptimo piso.

EL TREN HACIA NINGUNA PARTE

Por más que intente aislar de mi vida los deseos de muerte, estos me han acompañado desde que tengo uso de razón. Una mañana compré un billete de tren de Pamplona a Barcelona. Minutos antes recogí en una farmacia, con una receta que tenía guardada en la trasera de un libro, una caja con sesenta pastillas de quetiapina, que era la medicación que tomaba por aquel entonces. También compré un pequeño triturador de pastillas. En el aseo del tren las convertí en polvo e ingerí la totalidad con agua. Me senté en el primer asiento junto al lavabo. Ya no recuerdo más.

Nací para estar triste. Nací para sufrir

~~ABEL LUJÁN GUTIÉRREZ~~
~~ABEL DAVID LEBRIJO LUJÁN~~
~~ABEL DAVID LEBRIJO GONZÁLEZ~~
~~ABEL DAVID LEBRIJO RAPOSO~~
~~ABEL DAVID AZCONA EMA~~
~~ABEL DAVID MARCOS AZCONA~~
~~ABEL DAVID AZCONA MARCOS~~
ABEL AZCONA MARCOS

Una de las consecuencias de tener una infancia sin raíces, con más abandonos y cambios de familia que estabilidad, ha sido el continuo cambio de nombres y apellidos que han complicado la construcción de mi identidad. Desde el primer Abel de mi madre al Abel definitivo, un intento sucesivo de ocultar mis orígenes.

ALCATRAZ

Mi cuerpo ha estado habitando centros psiquiátricos de Pamplona hasta en tres ocasiones. La primera vez, después de un traslado desde una clínica de Barcelona. Una ambulancia me llevó de allí a Pamplona, donde me ingresaron otras tres semanas en un centro que los propios usuarios llamábamos Alcatraz: por la limitada posibilidad de movimiento, por los continuos chequeos, por la vigilancia en las duchas y por los cierres de habitaciones con supervisión. A Alcatraz volví tres años después debido a un brote. La tercera vez fui a La Ciudad de la Alegría, nombre con el que bautizábamos a la otra clínica psiquiátrica de Pamplona, cerca de Alcatraz, por la gran cantidad de medicación que nos obligaban a ingerir a los internos.

MÁS MUERTO QUE VIVO

Con veinte años, tres días después del intento de suicidio en el tren, desperté en un hospital de Barcelona. Cuando recuperé la consciencia me trasladaron a una clínica psiquiátrica de las afueras. Allí permanecí veintidós días. En contra de los diagnósticos previos, que identificaban un trastorno bipolar, me diagnosticaron un trastorno de personalidad. De nuevo, me medicaron lo suficiente como para prácticamente no poder hablar. Recuerdo caminar por aquellos pasillos más muerto que vivo.

LAS DOS ROSAS

Ninguna de mis dos madres está presente en mi vida, por lo menos, más allá de mi pensamiento. Las dos me abandonaron. Por ello, una tarde antes de inaugurar una muestra en Bogotá, decidí comprar dos rosas. Desde entonces, dos rosas me han acompañado en más de cien muestras, y con ellas mis madres, de forma metafórica.

LOS MALOS HÁBITOS

Trabajar con el dolor y el cuerpo al límite, convivir con heridas y una enfermedad mental, dormir despierto invadido por terrores nocturnos, todo ello conlleva un espíritu de resistencia. Y cuando este fracasa, noches errantes por alguna calle de alguna ciudad del mundo, empapadas de alcohol y cocaína, me permiten subsistir de un modo anestesiado.

LA MISA DE REPARACIÓN

La vida sin provocación se resumiría en resignación, escepticismo y asepsia mental.

Catedral de Pamplona. Catedral de Málaga. Catedral de Quito. Catedral de Ciudad de Guatemala. Catedral de Tudela. Más de cien parroquias.

El 25 de noviembre de 2015, por primera vez no abrieron decenas de parroquias de Navarra. Todos sus párrocos y sacerdotes acudieron a la misa de reparación convocada en la Catedral de Pamplona y otras ciudades. Aquel día tomé un tren rumbo a Madrid, mientras miles de católicos acudían a las eucaristías contra mi persona.

ROMEO

A la edad de catorce años interpretamos en el colegio una versión algo modernizada de *Romeo y Julieta*. En el papel de Romeo debía besar en los labios a una compañera que interpretaba a Julieta. Recuerdo la situación y la timidez que sentí hasta el final de la obra, cuando declaraba de rodillas mi amor y me clavaba una daga. Cuatro años después, sin rubor alguno, volvía a encontrarme de rodillas, pero esta vez enfrentado al cuerpo desnudo del actor que interpretó a Mercucio.

EL REENCUENTRO

I. La Llamada

En mayo de 2015 recibí la llamada de un trabajador social que me había ayudado cuando viví en la calle a los dieciocho y diecinueve años. A través de un programa llamado «Campaña del frío» había localizado a mi madre biológica en un albergue al sureste de Madrid. Casualmente, yo había dormido una semana en ese mismo lugar durante el tiempo que pasé perdido por aquellas mismas calles.

II. El Mediador

Nos encontramos en una cafetería en la Plaza de la Luna de Madrid. Yo estaba sentado en una mesa, y un mediador y amigo, en otra mesa con ella. Victoria estaba visiblemente nerviosa. Habló de la muerte, del consumo de drogas, de su situación y de sentirse abandonada. En la misma conversación refirió que había dado a luz una vez, y a la media hora, afirmó que en cinco ocasiones. Eran patentes el desgaste físico, la extrema delgadez, la falta de dentadura y un temblor continuo. Yo permanecí durante toda la charla en la mesa contigua, ya que ella respondió con una negativa, de forma muy contundente, al ofrecimiento de conocerme en primera persona. Desde aquella mesa observé y escuché cada detalle. Mi madre nunca sabrá que yo estaba allí.

III. La Empatía

Ella hablaba de mí. Decía que no debía haberme tenido, pero que no fue

capaz de hacer nada al respecto. Nos contaba su situación, lo difícil que era la vida. Sorprendentemente, repetía una palabra más veces que ninguna, la palabra «empatía». Asumí que tenía razón, que en raras ocasiones sentimos empatía hacia mujeres en situaciones como aquella. Reflexioné sobre sus palabras durante mucho tiempo. A mi vuelta a Bogotá, decidí realizar mi primer proyecto artístico sexualmente explícito, *Empatía y Prostitución*. La primera vez que permanecí desnudo en una cama a merced de los visitantes, en Colombia, participaron 134 personas.

OTROS ENCUENTROS

*Mi madre es tan protagonista de mi obra como yo mismo.
Mi madre, mi obra y yo somos algo indisoluble.*

Desde el primer viaje a Bogotá en el año 2012 hasta mi exilio en Lisboa en 2019, he visitado decenas de bares, locales y casas vinculados a la prostitución. Siempre con un espíritu crítico y de denuncia, y en un ejercicio de empatía con mi madre biológica. He sentido estos encuentros como una conexión con mi propia madre y después de haberlos podido realizar en más de veinte países durante años, he completado varios cuadernos con experiencias y diálogos personales que he escrito durante el proceso y posteriormente. Todas las citas han sido concertadas con un intercambio monetario, en espacios cotidianos de prostitución, pactando en todo momento un encuentro únicamente de palabra, sin desnudez ni ningún tipo de intercambio sexual o afectivo.

Flavia

Mi primera semana en Lisboa en 2019, durante los procesos judiciales que viví en España. Flavia era una joven de unos veinticinco años, menuda y de piel negra. Su origen era brasileño y llevaba dos años en la ciudad. Aunque no hablaba de ello con claridad, era evidente que estaba pagando el viaje desde su país con su propio cuerpo. Tenía un niño pequeño en Brasil y cuando le conté la historia de mi madre me abrazó muy intensamente.

Flavia

Mi primera semana en Lisboa en 2019, durante los procesos judiciales que viví en España. Flavia era una joven de unos veinticinco años, menuda y de piel negra. Su origen era brasileño y llevaba dos años en la ciudad. Aunque no hablaba de ello con claridad, era evidente que estaba pagando el viaje desde su país con su propio cuerpo. Tenía un niño pequeño en Brasil y cuando le conté la historia de mi madre me abrazó muy intensamente.

LA VASECTOMÍA

Nunca he querido tener hijos. En el año 2014, el Gobierno presentó un proyecto de ley de reforma del aborto. Ese mismo día decidí hacerme una vasectomía. Los cuatro documentos más importantes del trámite fueron enmarcados y ahora descansan en la pared de un coleccionista danés.

EL AMOR

En la vida olvidaré las palabras de mi madre cuando nos contó que antes de darme a luz intentó abortar hasta en tres ocasiones.

Para mí es el mayor acto de amor que nadie hará nunca por mí.

SI NO HUBIERA NACIDO

El dolor es algo inherente a la vida. No obstante, si antes de nacer la gestación es asediada por consumos diarios de alcohol y heroína y la madre no puede abortar por sus escasos recursos y la prohibición del entorno, es evidente que el recién nacido lo hará con heridas y problemas. ¿En qué momento es necesario nacer por nacer?

Yo no debería haber nacido nunca.

LA PLAZA DE TODOS

*Cuando me insultan «hijo de puta» pienso para mí:
los culpables son ellos, ellas son las víctimas,
el verdadero insulto sería «hijo de putero».*

Intermitentemente he vivido más de tres años en la ciudad de Bogotá. La primera vez llegué invitado por el Museo de Arte Moderno para mostrar mi obra entre sus paredes. Las siguientes por amor, resiliencia o necesidad. He vivido en diferentes zonas, pero solía hacerlo en La Macarena o La Candelaria. Siempre tenía cerca —la veía desde mis ventanas— la plaza de toros. Afortunadamente, Bogotá era y es una ciudad libre de tortura animal y las corridas llevan años prohibidas. La plaza únicamente se usa para fiestas, comidas y actos culturales. Algún «artista» local había decidido intervenir el cartel de la pared muy acertadamente. Donde años antes podía leerse «Plaza de Toros», ahora rezaba «Plaza de Todos». Siempre que pasaba por allí y lo leía, me hacía sonreír.

LAS TRES MADRES

Perder a una madre me parece uno de los actos más crueles de la naturaleza.
Yo he perdido a tres.

NO ME ABANDONES

La primera frase que escribo en mis cuadernos cuando conozco a alguien que siento que aporta luz a mi vida siempre es «no me abandones». Cuando recorro las hojas, puedo leer decenas de nombres: Victoria, no me abandones. Isabel, no me abandones. Nahikari, no me abandones. María, no me abandones. Marlene, no me abandones. Cynthia, no me abandones. Irene, no me abandones. Javier, no me abandones. Mikel, no me abandones. Argoitz, no me abandones. Cristina, no me abandones. Viviana, no me abandones. Juan Pablo, no me abandones. Jaime, no me abandones. Adrián, no me abandones. Jonathan, no me abandones. Agustín, no me abandones. Alba, no me abandones. Patricia, no me abandones. Cristian, no me abandones. Aitziber, no me abandones. Patricia, no me abandones. Raquel, no me abandones. Beatriz, no me abandones. María, no me abandones. Aimar, no me abandones. Juan, no me abandones. Teresa, no me abandones. Julia, no me abandones. Hillary, no me abandones. Amanda, no me abandones. Laia, no me abandones. Beatriz, no me abandones. Miriam, no me abandones. Jasmina, no me abandones. Irene, no me abandones. Leire, no me abandones. Javier, no me abandones. Fermín, no me abandones. Rafael, no me abandones. Alicia, no me abandones. Martín, no me abandones. Lucía, no me abandones. Paloma, no me abandones. Eva, no me abandones. Victoria, no me abandones. Claudia, no me abandones. Julia, no me abandones. Jonathan, no me abandones. Jon, no me abandones. Joseba, no me abandones. Iñaki, no me abandones. Daniel, no me abandones. Juan, no me abandones. Javier, no me abandones. Aitor, no me abandones. Iñigo, no me abandones. Marina, no me abandones. Luciana, no me abandones. Irene, no me abandones. David, no me abandones. Susajna, no me abandones. Ascen, no me abandones. Alba, no me abandones. Marc, no me abandones. Rafa, no me abandones. Alicia, no me abandones. Dani, no me abandones. Irene, no me

abandone. Jonathan, no me abandones. Javi, no me abandones. Iria, no me abandones. Mónica, no me abandones. Verónica, no me abandones. Javier, no me abandones. Fermín, no me abandones. Josune, no me abandones. Ángel, no me abandones. Julen, no me abandones. Iñigo, no me abandones. Pedro, no me abandones. María, no me abandones. Juli, no me abandones. Blanca, no me abandones. Aranzazu, no me abandones. Estefanía, no me abandones. Javier, no me abandones. Mikel, no me abandones. Sandra, no me abandones. Marc, no me abandones. Unai, no me abandones. Nerea, no me abandones. Santi, no me abandones. Francisca, no me abandones. Santiago, no me abandones. Julián, no me abandones. Constancio, no me abandones. Vicente, no me abandones. Vicentín, no me abandones. Gloria, no me abandones. Mari, no me abandones. Jesús, no me abandones. Federico, no me abandones. Javier, no me abandones. Andrea, no me abandones. Willy, no me abandones. Ainhoa, no me abandones. Ainara, no me abandones. Pablo, no me abandones. Irati, no me abandones. Alaitz, no me abandones. Irantzu, no me abandones. Miren, no me abandones. Víctor, no me abandones. Paula, no me abandones. Iñigo, no me abandones. María, no me abandones. Inés, no me abandones. Lidia, no me abandones. Alberto, no me abandones. Borja, no me abandones. Jose Miguel, no me abandones. Armando, no me abandones. Hugo, no me abandones. Iker, no me abandones. Miguel, no me abandones. Ignacio, no me abandones. Sara, no me abandones. Antonio, no me abandones. Amaia, no me abandones. Teresa, no me abandones. Pep, no me abandones.

Y todos me abandonaron.

LA VENTANA

Nunca he vivido demasiado tiempo en ninguna parte. Durante mi infancia, a causa de las diferentes familias e instituciones. Y ahora, por un trabajo que conlleva una vida nómada. El máximo tiempo que he estado en una casa fue en un quinto piso de la calle Monasterio de Eunate, en Pamplona. De los cinco a los quince años. En esos diez años no podría enumerar las veces que miraba desde la ventana y me imaginaba muerto en el suelo. Muchas de ellas me subía en una silla de madera y durante varios minutos miraba el escaso medio metro que tendría que saltar para caer al vacío. Saber que únicamente con ese pequeño salto el dolor se silenciaría me aportaba tranquilidad.

LOS TERRORES NOCTURNOS

Desde que tengo consciencia siempre me han acompañado. La mayoría de las situaciones que vivo en estos sueños tienen que ver con procesos donde el abuso sexual es protagonista. Uno de los más frecuentes es revivir de una forma muy realista escenas de violación o maltrato físico. Muchas de ellas con personas que he conocido ese mismo día. En la adolescencia, esto me llevó a odiar a mi entorno y derivar mi trastorno hacia la manía persecutoria.

LAS SÁBANAS SUCIAS

Me he orinado en la cama hasta los catorce años. Los últimos años, de forma puntual, pero todavía hoy me ocurre un par de veces al año. Siempre sucede cuando sueño algo relacionado con experiencias de abuso sexual. De los cinco a los diez años era constante. Debido al miedo a mi madre adoptiva, hacía la cama rápidamente con las sábanas sucias. Por la noche, dormía entre el mal olor y la humedad, en muchas ocasiones tiritando. Las sábanas se terminaban secando pero el hedor me delataba y terminaba en una humillación y ducha de agua fría.

JULIÁN

*Cada una de mis obras es una regresión al pasado.
De esta forma se vuelve tangible. Al tener
la capacidad de exponerlo y revisitarlo, nos posibilita
una actualización, reconstrucción y mirada crítica.*

Ojo Lince

Así me bautizó mi abuelo por el ritual indio, con plumas, un escudo y un collar lleno de huesos de pollo que mi abuela intentaba tirar a la basura siempre que podía. Él era Toro Sentado, y cada mes me regalaba un objeto «llegado de tierras lejanas». En una de las últimas fotografías que tengo con él, estoy sentado en sus rodillas vestido completamente con plumas, pinturas en el rostro y un arco tallado y construido por mi propio abuelo.

El árbol del ojo que todo lo ve

Muchos domingos, mi abuelo y yo paseábamos por el Parque de la Taconera en Pamplona. Alimentábamos a los patos con pan duro, nos mojábamos con el agua de una fuente con forma de pez y nos mirábamos el uno al otro en «el árbol del ojo que todo lo ve». Era un viejo árbol situado a la entrada del parque que tenía un agujero que atravesaba completamente la corteza y el interior de un extremo a otro. En el año 1996, mi madre adoptiva me contó que mi abuelo tenía cáncer, describiéndome la enfermedad como un monstruo que iba comiéndote por dentro. El 13 de enero de 1997 me despertó temprano para decirme que había fallecido. Los dos años siguientes, seguí

mirando por el agujero sin que nadie me devolviera la mirada. Después de tres años, el agujero se cerró del todo. El árbol continúa allí, pero ya no tiene ojo.

A FINALES DE MARZO

A finales del mes de marzo, mi madre y su compañero viajaban a Madrid desde Pamplona. De forma imprevista y prematura terminaron en una clínica en la calle Montesa. En las habitaciones contiguas parían indigentes y prostitutas. A la entrada, la gente se inyectaba heroína. Dos días después, en la habitación del fondo del pasillo, Victoria, que planeaba abandonarme, me tuvo a mí.

EL HOTEL

Sus camas han sido el contexto donde se han desarrollado decenas de intercambios sexuales y donde he descansado antes y después de procesos artísticos creados con espíritu crítico y radical.

En la calle de la Montera de Madrid hay un hotel que ha sido protagonista de más de diez proyectos en torno a la prostitución. De forma natural, este espacio albergó uno de estos encuentros, en el cual los visitantes podían compartir mi cama y mi cuerpo y participar de la acción. A partir de esa vez, por estar ubicado en la calle de Madrid más vinculada a la prostitución, por su historia —fue un antiguo prostíbulo antes de ser reformado— y por su significado —las primeras experiencias de encuentros sexuales dentro de mis procesos artísticos tuvieron lugar allí—, este hotel se convirtió en parte de mis obras de temática sexual.

2 DE DICIEMBRE DE 1991

Nací el 1 de abril de 1988.

La partida de nacimiento 2841329, fechada el 2 de diciembre de 1991, demuestra que legalmente no existí hasta cerca de los cuatro años de edad.

EL MIEDO

El aborto es una de las mayores medidas de protección de la infancia que existen.

Mi mayor fragilidad es el miedo al abandono, desde el inicio de cualquier conexión con otra persona. Cuando me veo desnudo ante alguien, siento una regresión a la infancia que me vuelve vulnerable. Al no tener en mi día a día una madre o un padre o alguna clase de relación familiar, siento con la persona que establezco el vínculo una correspondencia más cercana a lo maternal que a lo marital.

EL DIVORCIO

Después de casi tres años juntos, nos fuimos diciendo adiós sin darnos cuenta. Cada vez mis viajes eran más largos. Las llamadas, más cortas. Nuestros cuerpos desnudos ya no se encontraban. No existían los besos. Y un día al despertarme vivíamos en ciudades distintas. Tuve que abandonar el país que compartía contigo por mi derecho a la libertad de expresión. Bendita excusa para quebrar lo que ya estaba finado.

LA TORMENTA O KANDINSKY

Amé a una mujer obsesionada con Kandinsky. Garabateaba a diario en libretas esbozos similares a sus obras más conocidas. A mí personalmente nunca me ha gustado Kandinsky, pero ella me parecía un ser indescriptible. La dificultad insalvable fue que juntos éramos como una tormenta. Con ella veía romperse objetos a mi alrededor, hasta tal punto que no era bienvenida en las galerías de arte con las que yo trabajaba. Gritos y pendencias en restaurantes y museos. Y largas rupturas que siempre terminaban en regresos. Más de cuatro años en los que la soledad volvía a juntarnos. Más oportunidades que dedos de una mano. Y los dos sabiendo que una carta podría volver a hacer que nos amáramos.

EL PERRO

Lo vi por primera vez en un bar donde él se prostituía. Una noche, sin hablar prácticamente nada, lo seguí hasta un minúsculo apartamento a pocas calles del mismo local. Un minúsculo apartamento blanco y sin amueblar, únicamente con una pequeña cama individual contra una pared en la que se podían ver cuatro o cinco fotografías. Los dos nos desnudamos y nos abrazamos, como si de alguna forma él supiera que yo estaba en una situación complicada. Me dormí en diez minutos, porque hacía días que no dormía en una cama. Recuerdo haberle preguntado por qué tenía una foto de Goofy en la pared, a lo que él me contestó con acento francés que durante cinco años había sido Goofy en Disneyland Paris.

EL ESCRITOR

Durante tres años, cada vez que pisaba Madrid intentábamos vernos. Siempre sentí que estábamos desincronizados. Nos besábamos en las puertas de atrás de las galerías los días de inauguración de alguna de mis exposiciones. En los callejones donde nadie miraba. Pero nunca coincidimos en el momento perfecto. A veces pienso que era porque no vi en él nada más que un hombre atractivo o quizás porque era un pésimo escritor.

EL ANILLO

La conocí en un convento el 13 de junio de 2016. Un año después, me regaló un anillo. Ese anillo terminó en la carretera en una noche en la que no nos escuchamos. A los pocos días volvía a tener un nuevo anillo con nuestras iniciales en el mismo dedo de mi mano. Dos años más tarde, el anillo se quedó en la mesilla de su cama. Después de ver durante tres días la marca de mi dedo, compré otro anillo y grabé en él el nombre de mi madre. Lo llevo en la mano desde entonces.

TE QUISE

En el marco de una exposición, a la salida, durante dos días me encontré con una chica de origen mexicano. Al tercer día hablé con ella. Paseamos toda la tarde por la ciudad que me dedicaba la muestra, bebimos dos o tres botellas de vino. Nos besamos en dos ocasiones y nos despedimos para no volver a vernos nunca. Ahora mismo no recuerdo su nombre con exactitud. En uno de mis cuadernos sigo teniendo un pequeño papel, que debió introducir a lo largo de aquella tarde. En el papel, algo arrugado, únicamente podía leerse «te quise».

EL PIANO

Siempre me ha resultado atractiva la infelicidad de la gente, porque si no, no confiaría en ella.

Recuerdo un verano en Madrid. Durante dos semanas de rodaje de un documental, todas las noches paseaba por las calles y bebía en los bares, lo suficiente como para no recordar las vueltas a un pequeño apartamento alquilado en el barrio de Lavapiés. En la barra de un bar, al otro extremo, me saludó un hombre joven que terminó compartiendo mis pasos hasta mi cama. Nos desnudamos el uno al otro, y toda la noche tocamos nuestros cuerpos, acariciándonos con los dedos, como si tocáramos el piano.

LA RECEPCIONISTA

El 28 de marzo de 2015 me registré en un hotel del centro de Madrid. El mismo hotel donde previamente había realizado otros proyectos vinculados a la prostitución. Durante dos días, mediante cita previa, tuve veinticuatro encuentros con desconocidos, cada uno de una hora. No todos tuvieron un enfoque sexual, pero sí en su mayor parte. Todos los testimonios de los visitantes se expusieron en forma de obra plástica en la ciudad de Roma un año después. Entre encuentro y encuentro, debía bajar tres tramos de escaleras para encontrarme con el próximo visitante. En mi sexto descenso, una joven que pocas horas antes me había dado la bienvenida al hotel, me preguntó por la posibilidad de ser ella una de las veinticuatro visitantes. Fue evidente que el equipo del hotel había sido consciente del movimiento e intercambio que suscitaba el proceso creativo. Por lo natural y atrevido de la situación, después de los veinticuatro invitados de la pieza, compartimos una botella de vino. Una botella que se alargó tres meses, con más días en la cama que fuera de ella. El último día decidimos quedar en un hotel cercano al hotel inicial y despedirnos manteniendo una relación sexual de una duración aproximada a las pactadas en la obra artística. Los dos sabíamos que no nos volveríamos a ver.

EL COMPAÑERO

Cuando a los trece años me expulsaron del colegio de monjas francesas al que me llevó mi familia adoptiva, estudié los tres últimos cursos en un colegio público. En el colegio de monjas, a pesar de mi apellido, siempre me había sentado en el último pupitre. Por el contrario, en el nuevo centro me colocaron donde me correspondía. Un compañero era el primero de la lista y en el primer pupitre junto al mío, se sentaba el segundo. Nunca hablamos demasiado a pesar de estar dos años juntos. El 5 de noviembre de 2013, otro chico de clase me escribió un mensaje contándome que había muerto a la edad de veinticinco años.

EL CUARTO OSCURO

Mi segunda inauguración en París concluyó con una visita a una de las exposiciones del Centro Pompidou con representantes culturales del país. Mi acompañante era un hombre de origen turco que había conocido la noche anterior en un bar de Le Marais. Ninguno de los dos nos entendíamos mediante palabras, pero una noche caótica y una mañana aún más nos habían llevado de la mano a mi inauguración y a la posterior visita. El recorrido acabó en un cuarto oscuro del museo donde visionamos dos piezas de videoarte. Antes de abandonar aquella habitación negra, ambos terminamos lo que habíamos dejado pendiente aquella noche.

EL MATRIMONIO CONCERTADO

Con dieciocho años, viviendo en la calle.

Encontré un anuncio pegado en varias paredes de Madrid en el que se buscaba un hombre para formalizar un matrimonio concertado con el fin de regularizar los papeles de otro hombre ruso. Llamé al teléfono y quedé con él en una cafetería del centro. Tenía unos cincuenta años y el pelo oxigenado. Ofrecía mil euros por casarse por papeles y según me dijo, yo era demasiado joven para que fuese creíble. Esa noche dormí en el portal de al lado de la cafetería.

EL AGUA BENDITA

Aquella mujer me ofuscaba. Durante varios meses me esperó a la puerta de mi domicilio en Pamplona con un pequeño pulverizador y me seguía durante horas por la ciudad. En dos ocasiones encontré el portal y parte de la escalera totalmente empapados. Gracias a una vecina que la conocía pude averiguar que era agua bendita.

LA PASTORA

En septiembre de 2013, en el marco de la Bienal de Lyon, permanecí nueve días seguidos en el interior de un contenedor de basura, una obra crítica donde exploraba los límites de la privación de libertad con un discurso en torno a mi propia gestación. Los visitantes eran libres de abrir el contenedor, introducir objetos o entrar en él. Todas las tardes, una señora mayor me visitaba y me llevaba la merienda al contenedor de basura. Un crítico de arte hizo una comparación entre el contenedor y el pesebre, al encontrarme desnudo y en posición fetal en su interior. Aquella mujer que entraba todos los días en un espacio artístico con la merienda preparada se convirtió en mi pastora.

LA AYAHUASCA

El primer viaje a Colombia estuvo motivado por mi exposición en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Allí conocí a una mujer con la que compartí varios meses. El año siguiente regresé a la ciudad junto a ella. Varios compañeros de viaje artístico, artistas y docentes colombianos, fuimos a realizar una toma de ayahuasca con todo su ritual inherente. Al día siguiente yo abandonaba Colombia y ella no se vio capaz de hacer el viaje de la toma con nosotros, por miedo y por la herida de mi abandono. Esas fueron sus palabras. Mientras más de treinta personas realizábamos el proceso en el campo, a las afueras de Bogotá, ella esperó durante horas en el coche. Poco después me llevó hasta el aeropuerto.

PROHIBIDO

A los siete años me cambiaron el apellido. Después de llevar Luján, Gutiérrez, Lebrijo o González, definitiva y legalmente era Azcona. Vivíamos en un barrio católico del centro de Pamplona en las proximidades de la parroquia de San Vicente de Paúl. Alrededor de la iglesia había unas veinte calles y todas ellas tenían nombres de monasterios. La mía era Monasterio de Eunate. Otras dos parroquias se sucedían cada cuatro calles: La Asunción y San Alberto. A tres minutos escasos de mi casa y casi enfrente de una de las parroquias había un pequeño y oscuro bar. No podían entrar menores. Tenías que llamar a un timbre y antes de abrir te observaban por la mirilla. A los diecisiete años entré por primera vez. Hasta entonces había estado prohibido.

EL MONAGUILLO

*El binarismo o Dios no son conceptos a
deconstruir, son conceptos a destruir.*

Desde que cumplí siete años, cada semana iba a misa con mi abuela adoptiva. Yo llegaba antes que ella porque todos los domingos teníamos que ensayar una pequeña obra de teatro sobre la segunda lectura del Nuevo Testamento para representar en el altar. En ocasiones también hicimos alguna escenificación de la primera lectura y del Antiguo Testamento. Los domingos nos vestíamos con una túnica blanca y entrábamos junto al sacerdote hasta el altar. Los miércoles teníamos catequesis y los sábados, grupo católico juvenil con actividades dentro y fuera de la parroquia. En este entorno, y con este grupo, hice la primera comunión y la confirmación. Además, cada Navidad, Semana Santa, verano y varios fines de semana al año, acudíamos a unas colonias católicas en pueblos cercanos donde orábamos y practicábamos actividades lúdicas.

MI PROPIO INVIERNO

Dos meses al año necesito vivir en oscuridad. Cierro las ventanas, bajo las persianas e ilumino mi entorno con una o dos velas. Hace años denominé estos días como mi propio invierno.

LA CAMA

La cama de Bogotá

La primera vez que realicé el proyecto *Empatía y Prostitución* fue en Bogotá. La performance se desarrolló en el contexto de una residencia artística en la Galería Santa Fé del centro de la ciudad. Decidí llevar a cabo la acción en la misma habitación y en la misma cama en la que había dormido durante los días previos. Los visitantes compartieron el colchón y las sábanas a ras de suelo que yo mismo había habitado una semana antes. Al terminar el duro proceso de más de dos horas, decidí quedarme allí, en esa cama, a pasar la noche. Hoy pienso que debía haber dormido en otra parte.

Cien pesos colombianos

134 personas pasaron por mi cama. Cada una de ellas con sus experiencias, su vida, su cuerpo y su dolor. Todas tuvieron que pagar cien pesos colombianos.

La cama de Madrid

A diferencia de cuando *Empatía y Prostitución* se realizó en Bogotá o en Houston, en Madrid se presentó en el marco de una feria de arte en el interior de un hotel. El evento permitió mostrar la obra dentro del espacio y la cama del propio establecimiento, al encontrarse en la calle de la ciudad más ligada a la prostitución. Mis ojos, dentro del proceso, atravesaban las ventanas observando a las decenas de prostitutas que de forma obligada vendían su

cuerpo en la acera. En Madrid ofrecí mi cama en dos ocasiones y casi doscientas personas transitaron por mi cuerpo.

Un euro

Cien pesos colombianos en Bogotá o un euro en Madrid son precios simbólicos en representación de lo que la prostitución conlleva en cuanto a poder, abuso y sumisión.

Dos años más tarde, allí mismo, en la misma cama, decidí realizar la obra Las Horas, esta vez con veinticuatro personas en intimidad.

La cama de Houston

La última vez que realicé *Empatía y Prostitución* fue en Houston, para inaugurar la Bienal Internacional de Performance de la ciudad. En una galería de arte llamada Box 13 construimos una instalación mediante colchones usados, sábanas y una vieja lámpara. La cama terminó destrozada, los participantes la impregnaron de alimentos, fluidos y agua, confluyendo con mi cuerpo derrotado. Fue uno de los procesos más difíciles que he vivido en torno a lo sexual y lo afectivo.

Un dólar

El último país donde ejecuté la performance fue Estados Unidos. 102 personas pagaron un dólar por tocar mi cuerpo, abusar de él o maltratarlo.

Las tres camas de Nueva York

En la performance *El Siguierte (Someone Else)* en Nueva York, decenas de personas compartieron las tres camas que abrían el reconocido Queer New York International Art Festival. A diferencia de obras anteriores sobre el intercambio sexual y la prostitución, en esta pieza el visitante se sentía obligado a formar parte del proceso a la entrada del evento, otorgando así un

discurso crítico y polémico al posicionamiento colectivo frente al abuso y al trabajo sexual. Durante tres horas compartí mi cuerpo de forma mecánica con cada uno de los espectadores, entendiendo el dolor y la repetición de patrones de mi experiencia vital como un proceso empoderador.

Someone Else *fue elegida por el prestigioso medio de arte Hyperallergic como una de las diez mejores performances de 2015 en Nueva York.*

EL PÁJARO DE PORCELANA

Cada cierto tiempo ella venía a visitarme a Lisboa. Nos veíamos cada pocas semanas. Cuando estábamos cerca, nos mirábamos y nos entendíamos sin necesidad de hablar. En la distancia todo se complicaba. En uno de los viajes paseamos y compramos dos pájaros blancos de porcelana. Uno se quedó en casa y otro voló con ella. Ella no sabe que en esos meses tuve que comprar tres pájaros más porque cada vez que la distancia era mayor, el pájaro de porcelana se quebraba. Aunque siempre que ella volvía, un nuevo pájaro blanco estaba esperando en el armario en el que ella guardaba su ropa.

LAS HUELLAS

La primera semana que viví en Nueva York realicé una performance en el museo LGBT Leslie Lohman, en el Soho. Un trabajo corporal en torno a la gestación. Cinco años después volví al museo y allí seguían las marcas que habían dejado las sogas en las columnas.

LA LECTURA

Mi incapacidad para concentrarme siempre ha necesitado de zonas de contraste. Tras dos años en los que tuve una gran dificultad para leer un libro completo, encontré la única manera de hacerlo en la barra de un bar atestado y con música en directo en el centro de Nueva York. Cuando me mudé a Barcelona, me costó casi tres meses poder volver a tener un libro entre mis manos.

EL EXPEDIENTE

El gris es maternidad, demencia, melancolía, soledad, frustración y el color predominante en mi obra. Son sentimientos de derrota.

A los veinte años, después de un largo proceso, conseguí un expediente completo de toda mi infancia. Redactado por Bienestar Social del Gobierno de Navarra, era un informe de mi situación de desamparo y maltrato. Y de las posteriores acogidas y adopción.

09872

Más de cien hojas de expediente que incluyen informes de retiradas de custodia, evaluaciones de diferentes familias: familia original, familia de acogida y familia adoptiva. Documentos de Bienestar Social con indicadores que muestran situaciones de abuso, abandono o maltrato infantil. Decenas de hojas con datos, ideas y firmas. Siempre que tengo el expediente entre mis manos, permanezco varios minutos observando la primera página. En ella se puede leer «Exp. 09872». Durante años no fui Abel, no fui un niño, únicamente fui un número.

La alegría vital

Siempre que pienso en todos esos papeles, que ahora están en el fondo de un baúl, predomina una frase que se repite hasta en tres ocasiones: «Un niño sin alegría vital».

La infancia expuesta

Santiago de Compostela

En Santiago de Compostela, en una de mis primeras muestras, expuse en las paredes de una Feria de Arte Contemporáneo documentación oficial acerca de mi abandono, mi acogida y posterior adopción. En los papeles podían leerse situaciones específicas de precariedad y retiradas de custodia. La primera vez que exhibí todo mi expediente sentí que compartía algo muy personal: mi infancia, marcada por experiencias dolorosas, inundaba las paredes. Los visitantes caminaban por los pasillos leyendo cada una de las cuartillas impregnadas con mis propios fluidos, mediante un proceso íntimo y personal que realicé el mismo día de la inauguración.

Castellón

La primera vez que realicé una creación sonora, en el marco de la Feria de Arte Contemporáneo de Castellón, decidí hacer una lectura completa de mi expediente. Durante más de una hora, narré frente a un micrófono todos los detalles, desde la situación de precariedad y desamparo a la acogida familiar y adopción posterior. Con una voz inanimada leí todo el documento, con fechas, firmas y datos al margen incluidos. El audio podía escucharse por toda la plaza y en el interior de la exhibición.

EL CAMUFLAJE

Pocas veces he asumido que muchas de las experiencias que he contado como obra no lo eran en realidad. Un ejemplo son las relaciones de prostitución. El aceptar a lo largo de los años que mi obra y mi vida iban de la mano me ha servido como una herramienta de camuflaje para convertir hechos terribles en piezas inintencionadas.

LA COPA DE CRISTAL

Una de las obligaciones en el mundo del arte son las cenas institucionales. En los viajes siempre hay que cenar con personas relacionadas con la organización. En Dhaka nos llevaron a un palacio perteneciente a una fundación de arte vinculada al Gobierno de Bangladesh. Toda la noche permanecí bastante distante con el resto de invitados y únicamente me paseaba por la estancia con mi copa de cristal, que iba llenándose de vino cada breves intervalos de tiempo. Al final de la noche decidí no regresar solo al hotel y la copa de cristal se vino conmigo en el interior del bolso. Hoy se puede ver en mi biblioteca, entre varios libros, tallada con muchísima delicadeza. Mi compañera de aquella noche.

LOS GATOS

Habíamos fracasado juntos en un proyecto en colaboración con el museo en el que ella trabajaba. Durante tres meses compartimos cenas, intimidad y demasiadas botellas de vino. Yo tenía veinticinco años; ella, más de cuarenta. El mes de diciembre se marchó con su familia y me quedé solo en su casa para cuidar de sus dos gatos.

LAS SÁBANAS

Llegué tarde a casa y había sangre por toda la cama. Vi sus muñecas cortadas. Fueron días difíciles. Durante dos semanas no fui capaz de lavar las sábanas.

EL LIBRO

Berlín, 2012. Casi quinientas personas visitaron el museo de la universidad aquel día. Vestido de negro, estuve sentado en el suelo del espacio durante casi nueve horas. Únicamente con un libro que ingerí en su totalidad y una jarra llena de agua que iban rellenando puntualmente cada media hora. Una semana después, al curarme de la indigestión, comprendí que en creaciones como aquella mi vida y mi bienestar quedan en un segundo plano.

EL HISTORIADOR

Durante aproximadamente un año, quizás algo más, compartí mis días, mi cama y mi cuerpo con una mujer de Pamplona. Sus padres eran del Opus Dei, profesores de Arte, Historia y Arqueología en la universidad católica. Siempre tuve una relación cordial con el padre, que muchas veces me hablaba de mi apellido, de su historia y su procedencia. Todo terminó. Hasta 2015 no supe nada de él. El Arzobispado de Pamplona y Tudela presentó pruebas contra mí por varias obras que, según ellos, ofendían los sentimientos religiosos (el juez me dio la razón). Entre los documentos entregados había una carta hablando del arte y del anti-arte que explicaba que Duchamp o la performance contemporánea no eran arte en absoluto. La carta estaba firmada por mi suegro.

EL RETRATO

Lo más estimulante en las disciplinas con las que trabajo es, sobre todo en la performance, que al realizarse desde la disidencia, los máximos referentes son mujeres y maricas, latinas y negras.

Las paredes de la galería estaban llenas de retratos hechos durante varios meses. En una larga mesa se encontraban decenas de mujeres supervivientes del ámbito de la prostitución. En el otro extremo, decenas de dibujantes que horas antes habían recibido formación específica en la realización de retratos para identificar a personas por parte de policías voluntarios. Durante una hora, ellas describieron a su último cliente. La mesa acabó llena de retratos de todos aquellos hombres. Siempre pensé que cualquiera de ellos podía ser mi padre. El que pagó a mi madre la noche de mi concepción. Una noche marcada por el abuso y el poder. El día que inauguramos la exposición completa con más de cien retratos en una ciudad al norte de Colombia, mis ojos se detuvieron en un retrato en concreto. Desde entonces, en mi cabeza mi padre tiene ese rostro.

LA HERENCIA

Los dos únicos antecedentes de mi madre que he conocido han sido sus vínculos al mundo de la adicción y a la prostitución. Ambos condicionan mi vida desde la noche de la concepción, un intercambio monetario, forzado y sexual, hasta la gestación en sí, marcada por los continuos consumos. Dos términos, dos modos de vida y destrucción, que de alguna forma yo mismo he heredado.

LA CASA

Mis manos siempre estaban manchadas de pintura. A los diez años me sometí a diferentes pruebas ante una psicóloga en un centro de Huerta del Rey, en Valladolid. El primer test consistía en dibujar una casa. A partir de mi ilustración, ella me describió como un niño solitario, con una infancia difícil y problemas de sociabilidad. Años después inauguré un centro de arte junto a decenas de niños de familias desestructuradas realizando aquella misma prueba en vivo. Sobrepasado, tuve que abandonar el proceso.

LA SOMBRA

Había meses que miraba atrás y tenía una sombra no conocida. Una persona que a través de mentiras y afectos fingidos fue mutando en un símil de mí mismo. A los pocos días del primer beso, enfrente estaba un reflejo de mi persona. En palabras sencillas, conocí a un hombre perdido cuya única forma de aferrarse al mundo fue convertirse en la imagen que yo mismo llevaba más de veinte años construyendo.

MI QUERIDO AGUSTÍN

Mi obra y yo no existiríamos si no hubiéramos conocido a nuestro querido Agustín. Cada imagen lleva su sello y nuestras horas compartidas.

Siempre estarás en mi memoria.

MI QUERIDO GUILLERMO

Por estar siempre sin silbar.

El único abrazo que tolero odiando los abrazos.

LA BAILARINA

Aquellas piernas largas marcadas por la vida me entristecían. Al acariciarlas, cada vez podía descubrir una nueva hendidura, herencia de heridas. Ella me confesó un día que su mayor pecado había sido cortarse la piel hasta sangrar al no poder volver a bailar. Mi mayor pecado fue enamorarme de ella.

EL INTERNADO

*Todos mis movimientos extremos,
todos ellos, se alían con la locura.*

La amenaza de terminar internado en un colegio de una ciudad al sur de Navarra era continua. Un día encontré, estratégicamente colocados en un lugar visible del salón, unos papeles sobre el centro Padres Reparados de Estella. Nunca llegué a estar entre sus paredes. Diez años después, este centro saltó a los medios porque sus monjes estaban implicados en decenas de casos de abuso infantil.

EL CRUCE

Uno de los peores días cuando habitaba las calles, consumido por el hambre y por la falta de descanso, erraba por Madrid. Durante más de dos horas cruzaba las carreteras con el objetivo de que me atropellaran. Esa noche dormí en un hospital.

EL AULA

Nunca me he caracterizado por ser un niño cordial, empático o especialmente sociable. En la escuela de arte en la que me formé durante tres años encontré un oasis en un aula de la primera planta. Allí se impartían las clases de Historia del Arte. La profesora responsable siempre estaba disponible para hablar, escuchar y aconsejar. Con ella aprendí más acerca de las disciplinas que ahora protagonizan mi vida. La confianza era tal que incluso tomábamos té juntos en los recreos. Hasta su jubilación, cada vez que visitaba Pamplona, iba a la escuela de arte y repetíamos el ritual. Cada vez que inauguro una exposición en el norte siempre está esperándome en la puerta.

LOS PRIMEROS HOMBRES

Exceptuando los dos años en los que tuve que hacer un trabajo de introspección en torno a la sexualidad por miedos y traumas, siempre he tenido diversos amantes. Recuerdo tres hombres con los que compartí diferentes camas de Pamplona. Todas ellas fueron relaciones meramente sexuales. Recuerdo sus nombres, sus cuerpos y mi miedo al repetir experiencias que durante años relacionaba con mi dolor.

LA TERAPIA

Nunca he creído en la palabra terapia porque la terapia implica cura, y hay heridas imposibles de curar. En mi cotidianeidad y crecimiento siempre me han acompañado especialistas en psiquiatría y psicología. Diagnósticos, medicación y largas sesiones han ocupado muchos días de mi vida. En Pamplona, desde niño, me trataba una psicóloga. En la adolescencia vi a diferentes psiquiatras y tomé distintas medicaciones. Hoy en día, a través de la catársis que el arte significa para mí, no asisto a ninguna clase de terapia ni tomo ningún tipo de medicación.

LAS CLASES DE PINTURA

En los diez o doce años que duró mi adopción, pese a terminar en fracaso, uno de los aspectos positivos fue poder ir todas las tardes a multitud de clases. Teatro, pintura, baile, piano. Era habitual que en todas ellas acabara expulsado. La de pintura se impartía en una plaza enfrente de mi casa. Eran dos aulas grandes, una para pintura al óleo y otra para diferentes técnicas. Allí realicé mis primeros cuadros, grabados y esculturas. Un día, Félix, el profesor, un pintor bastante reconocido en Navarra, llamó a mi madre adoptiva y pidió que no volviera más. Doce años después, sentado en una barra de un bar y con una copa de vino, encontré a Félix a mi lado. Hablamos durante horas y desde ese día no solo acude a mis exposiciones, sino que cuento con su Amistad.

EN TODA INAUGURACIÓN

En toda inauguración, cada quince minutos escapo por la puerta trasera al bar de al lado y tras una copa de vino vuelvo al espacio quince minutos más.

EL HURACÁN

Le dije tantas veces que la amaba que al prostituir esa palabra no he sido capaz de volver a utilizarla. La última vez que la pronuncié fue en La Habana, después de una tormenta donde objetos y sentimientos volaban por los aires. Ese mismo día fue el principio del fin. Aquella noche dormimos separados. A la mañana siguiente tuvimos que refugiarnos por la llegada de uno de los huracanes más devastadores que ha arrasado Cuba. El fin de ese amor contextualizado con la devastación de la preciosa ciudad de La Habana me marcó como una herida de guerra.

LA ADOPCIÓN

*Mi mentira favorita es decir que mi vida y mi obra son lo mismo.
Lo único sincero es que ambas son una mierda.*

Una mujer soltera de veinticinco años me adoptó pocos días antes de cumplir yo los siete. Ahí empezaron doce años de mi vida que siempre recuerdo con sentimientos encontrados.

EL CAFÉ

Siempre he estado solo. Paradójicamente, una de las pocas personas de referencia que permanecen en mi vida es el hombre que figura como mi padre en mi partida de nacimiento. Siendo honesto, únicamente me telefona cuando necesita dinero o algo concreto. Años atrás me cité con él a tomar un café por primera vez. Aquel día fue uno de los más importantes de mi vida. Nos encontramos en un quiosco pentagonal en El Bosquecillo de Pamplona, detrás del parque de La Taconera. Él estaba visiblemente nervioso. En su cuerpo se evidenciaba el duro paso del consumo de drogas. Hablamos de la paternidad, de la prisión; en definitiva, de su vida y de la mía. Desde ese día poseo datos o ideas que hasta aquel momento desconocía. De hecho, siendo sincero, muchos de los brotes dispersos a lo largo de estas páginas surgen de historias construidas a través de su narración de mi pasado.

LA LIBERTAD O LA VIDA

El museo y espacio cultural Krudttønden se llenó de sangre y muerte el catorce de febrero de dos mil quince en el intento de asesinato del artista sueco Lars Vilks. Diez meses antes, en el mismo espacio junto a Bjørn Nørgaard, realizamos un encuentro donde hablamos de arte, crítica y libertad de expresión. En aquel momento los tres estábamos perseguidos y amenazados de muerte por nuestras creaciones. Aquí nació un colectivo en pro de la libertad de expresión que ha hecho que me sentara en diferentes eventos junto a Salman Rushdie y Charb de *Charlie Hebdo*, asesinado meses después.

LAS PIEDRAS

Me retuvieron durante horas a la entrada de Tel Aviv al llevar decenas de piedras en el equipaje. Después de inspecciones, reuniones y varias llamadas, conseguí entrar en el país con todo el material. Les conté que las piedras eran de mi jardín, que era un artista que hacía esculturas con objetos cotidianos y que viajaba a una galería de arte. Pero la verdad era que las piedras las habíamos encargado durante meses, segmentos completos del muro de Berlín. Dos días después llegaron nuevos fragmentos por vía postal. Durante una semana recorrí el basto muro de Cisjordania que divide la tierra ocupada por el Gobierno de Israel y las instalé a lo largo de toda su longitud.

LA EMBAJADA

La embajada española en Berlín inauguró un nuevo espacio cultural. La semana de la inauguración acudimos Michael Haneke y yo. El primer día conversé sobre mi obra con Chema de Francisco y realicé una performance en vivo. Gracias a los Nieto, coleccionistas que siempre han apoyado mi obra, he podido emprender eventos como este. He sido afortunado de contar con decenas de coleccionistas que siempre que lo he requerido han apoyado y financiado cada uno de mis proyectos.

EL CASTIGO

Yo nunca seré padre. Si denuncio el haber nacido en el marco en el que he nacido, sería incongruente por mi parte que en mi contexto tuviera un hijo. Mi madre tampoco debió tener un hijo. Y la mujer que me adoptó, en mi opinión, tampoco. Es triste, pero los recuerdos que más me han marcado en los doce años de intento de construcción del concepto de familia son los castigos. Duchas de agua fría, horas encerrado en una despensa, desnudos forzosos bajo el pretexto de habérmelo dado todo y tener derecho a quitármelo y amenazarme con desterrarme de casa bajo la misma premisa. Repetía siempre que me merecía los castigos y negaba las situaciones más graves hasta tal punto que un día decidí, en el interior del pomo dorado de mi habitación, dejar unas pequeñas marcas cada vez que me sangraba la nariz. El número de marcas superó las que era capaz de contar con los dedos de mis manos. Me recuerdo sujetando el teléfono en infinidad de ocasiones con la idea de llamar a un número de protección a la infancia.

Castigaré al mundo por su maldad y a los impíos por su iniquidad; también pondré fin a la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los despiadados.

Porque he aquí, el Señor va a salir de su lugar para castigar la iniquidad de los habitantes de la tierra, y la tierra pondrá de manifiesto su sangre derramada y no ocultará más a sus asesinados.

Porque el Señor juzgará con fuego y con su espada a toda carne, y serán muchos los muertos del Señor.

Isaías 13:11, 26:21, 66:16

Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y muchos duermen. Pero si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados. Pero cuando somos juzgados, el Señor nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo.

Corintios 11:30 – 32

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad.

Romanos 1:18

GRACIAS A DIOS

No busco la belleza, busco la identidad.

En el sacramento de la eucaristía hay un momento para agradecimientos y ofrendas a Dios. En mi colegio católico, de niño, me sentía humillado al tener que dar gracias por mi madre adoptiva y por haberme acogido en su familia. La relación era tan complicada que, aunque hubo momentos buenos, la sensación no era ni mucho menos de agradecimiento. No existe el derecho a adoptar, al contrario, sí existe el derecho del menor a tener una familia, pero la situación con mi madre dificultó que el vínculo fuera sano y yo sintiera la pertenencia. Una noche recé, no para agradecer a Dios, sino para pedirle que no volviera a casa.

LA HERIDA

Una de las mayores heridas que atraviesa mi cuerpo es la negación en mi crecimiento y madurez de mi propia realidad durante la infancia. Al adoptarme me hicieron olvidar y negar los primeros siete años de mi vida, lo que no quiere decir que yo no fuera consciente, por recuerdos y terrores nocturnos, de situaciones terribles y dolorosas. Siempre he tenido un posicionamiento complejo en lo sexual, desde pesadillas hasta miedos por repeticiones de patrones no estereotípicos. Ahora sé sin ninguna duda que durante los primeros años de vida abusaron de mi cuerpo. Síntoma de situaciones de abandono, faltas de cuidado y humillación, además de crecer en un entorno de prostitución visible y palpable.

Cuando volvía a experimentar en mi cuerpo el horror de la vulnerabilidad de sentirme abusado, creía que ocupaba mi lugar en el mundo. Aprendí a asumir el rol de abusado tanto por el poder como por los hombres y el sistema.

Ahora mismo leo estas palabras y pienso que esta idea es terrible.

LAS NUEVAS HERIDAS

No tengo tanto miedo a nada como a mí mismo.

A los doce años, en un centro de la organización católica vinculada a mi madre adoptiva, un menor de catorce años abusó de mí en dos ocasiones. Al año siguiente, recorriendo el pasillo de mi colegio católico, él estaba allí. Tres años después, volviendo a casa de las fiestas patronales, esperé enfrente de un local de ambiente. Un hombre de más de sesenta años me vio y sin permitirme prácticamente hablar me rodeó con el brazo. Andamos durante cinco minutos hasta un parque cercano. Allí me forzó y me abandonó semidesnudo debajo de un árbol. Durante años no fui capaz de llorar. Un mes después solía ir a la estación de autobuses, zona de intercambio sexual entre hombres conocida en Pamplona. Ahora sé que, aunque visitara ese lugar por mi propio pie, al tener quince y dieciséis años también era violación. Podría enumerar más de diez encuentros de ese estilo. En los años que estuve en la calle en Madrid se repitieron nuevos episodios dolorosos, hasta tal punto que tuve que abandonar un albergue —en el que, debido al frío, había logrado una plaza— por los repetidos abusos acontecidos durante las noches en las habitaciones comunes.

En definitiva, desarrollé una incapacidad a decir que no en los actos sexuales. Como consecuencia, empecé a vivir y experimentar situaciones graves de alcoholismo entremezcladas con encuentros siempre en la posición de la víctima en relaciones de poder.

EL FOTÓGRAFO

Inauguré una exposición en Bogotá. Entre el público había un grupo de jóvenes fotógrafos colombianos. Uno de ellos me invitó al día siguiente a su estudio. Me ayudó a desnudarme al entrar y me tumbó en un cubo de madera. Después se desnudó él y se tumbó encima. Aquellas fotografías se muestran en un museo de Estocolmo.

LA DESNUDEZ

Los primeros años, mi obra se caracterizaba por discursos políticos en torno al cuerpo, la sexualidad y la gestación. Por esa razón eran habituales los desnudos o las temáticas fetales. El poder político del desnudo siempre ha permanecido latente en aquellas piezas y también en mi cotidianeidad. Desde muy joven he vagado desnudo libremente por ciudades, parques y calles. Incluso en ocasiones he tenido compañeras con las que he compartido el placer de disfrutar de una cena en un restaurante o de un paseo por mi ciudad natal en plena desnudez.

LA MAGDALENA

Es uno de los recuerdos que conservo con mayor nitidez. La casa era un bajo sin baño, con una cocina y una única habitación en la que se mantenían relaciones de prostitución en mi presencia. A pocos metros, una congregación religiosa repartía bolsas con leche, zumo, pasta y magdalenas. Recuerdo verme a mí solo en el centro de aquella cocina vieja y blanca recién limpiada con un fuerte olor a lejía. En mis manos, un pequeño paquete de magdalenas de una conocida marca. A pesar de no tener más de tres años, eran habituales las humillaciones, los desnudos forzosos y los castigos físicos. Recuerdo pasar hambre y cuando me daban las magdalenas, era a cambio de la exigencia de no tirar ni una miga al suelo, algo imposible al abrir un paquete y quitarle el envoltorio, teniendo en cuenta además el hambre y mi corta edad. Cada miga que caía al suelo significaba una bofetada en el rostro con la mano abierta, hasta tal punto que me daba por vencido y prefería no comer.

DIECINUEVE MESES O EL HAMBRE

No hay nada más deleznable que mentir a una persona marcada por la herida primaria. Mi madre me abandonó. La familia de crianza me abandonó. La familia de acogida me abandonó y la familia adoptiva prometió que no iba a abandonarme nunca. A los dieciocho años, mi llave ya no coincidía con la cerradura de la puerta. Una educación sumamente católica, un muro insalvable muy lejano al vínculo y al sentimiento de pertenencia familiar.

En aquel momento yo no era consciente de mis decisiones, actuaba por inercia. No obstante, en la actualidad, es evidente que acabar en las calles de Madrid, ciudad donde mi madre me abandonó, navegando en un entorno sometido a la prostitución y la drogodependencia, los dos únicos aspectos que había conocido de ella, no fue resultado de la casualidad.

Diecinueve meses de mi vida hicieron que la calle y mi cuerpo se aliaran. No puedo regresar a Madrid sin relacionar cada calle, cada portal, con una experiencia en la que el hambre, la búsqueda de un lugar para dormir o la necesidad son las absolutas protagonistas. Albergues, largas colas para conseguir una bolsa de alimento, robos, abusos sexuales y la herida de abandono más marcada que nunca.

Por primera vez sentí que volvía de forma regresiva a ser quien había sido: el niño nacido de una mujer avasallada por la heroína y el abuso del hombre y el mercado, errando por las calles de la ciudad que accidentalmente le dio la vida.

** La Herida Primaria es un teoría y corriente psicológica desarrollada por la psicoterapeuta francesa Nancy Verrier que señala unas características específicas comunes en menores que han sufrido situaciones de abandono materno.*

En los diecinueve meses que habité las calles de Madrid viví en primera persona varias experiencias relacionadas con el abuso sexual y con la prostitución. Durante años, estas relaciones las he incluido como proceso artístico dentro de mi obra, restando importancia al hecho de encontrarme sin hogar en aquel momento o en situación totalmente precaria. Con el tiempo, siendo honesto conmigo mismo, he asumido que aunque estos intercambios sexuales tienen algo de proceso creativo, también tienen una gran parte de realidad no edulcorada.

BILLETE A MADRID

Aquella noche viajé a Madrid. Esa misma tarde me había encontrado con un hombre en el bar de la estación de tren de Pamplona. Media hora después tenía algo de dinero para emprender el trayecto. En 2018 esta experiencia formó parte, junto a otras veinte, de la exposición *La extinción del deseo*, una recopilación con espíritu crítico y de denuncia de todas mis obras con la prostitución como base, un ejercicio de empatía hacia mi madre.

EL AGOTAMIENTO

Con diecinueve años, los días más duros sin prácticamente alimento, con los pies cansados de caminar durante horas, la espalda dolorida de mal dormir en la línea circular de metro y la ropa húmeda de lavarla en los baños públicos del Retiro, terminaba sentado entre decenas de jóvenes, la mayoría de origen rumano y brasileño, en un local de la noche de Madrid. En varias ocasiones me expulsaron de allí al quedarme dormido apoyado en las columnas de puro agotamiento.

LA PLUMA

A mi entender, el arte debe ser más un ejercicio práctico y un proceso creativo que una sublimación onanista del artista.

Todas las noches a la misma hora abría la puerta y se sentaba cerca de la barra un hombre de más de sesenta años. Nunca permanecía más de una hora. Siempre salía acompañado. A media hora de allí, en la calle Goya, vivía en una casa grande llena de libros y obras de arte tradicional. Tenía una pequeña habitación blanca, siempre con sábanas limpias, con un baño contiguo. El acompañante debía ducharse antes de meterse desnudo entre las sábanas. Con luz tenue, él también entraba en la cama cubierto con un albornoz, que no se quitaba hasta estar bien tapado. Siempre realizaba comentarios sobre su juventud, sobre su escaso interés en el sexo explícito, y terminaba abrazando al acompañante durante unos minutos. A él le gustaba concluir sin roce alguno, cada uno tocándose a sí mismo, debajo de la sábana. Al finalizar, le facilitaba unos pañuelos de tela, lo acompañaba hasta el portal y siempre le metía en el bolsillo cincuenta euros más de lo pactado. Siempre llevaba una pluma en el bolsillo de la chaqueta.

Me senté hace unos años en el Círculo de Bellas Artes de Madrid con motivo de una conferencia y en la silla de al lado estaba él. Era escritor. Yo artista, antes el acompañante.

EL ÁCIDO

En una de las camas donde los visitantes invadían mi cuerpo, una de las participantes escribió en un cuaderno su historia para que yo la leyera. Su padre le había quemado la cara con ácido después de contarle a su madre los abusos sexuales cometidos por él. En la hoja pude leer que aquel beso que nos dimos fue el primero desde aquella terrible experiencia. Aquel papel que arrancó y depositó encima del colchón es de las pocas obras que tengo enmarcadas en mi dormitorio.

LA HUIDA

Mi obra ha recorrido hasta el momento más de ochenta países. Al no tener ningún tipo de vínculo familiar, a nada ni a nadie, siempre he podido perderme y desaparecer. He vivido en ciudades como Nueva York, Bogotá, Ciudad de México, Barcelona, París o Lisboa. Fruto del desarraigo, nunca he tenido sentimiento de pertenencia. Hace un año tengo en mente el lugar donde escribiré mis últimas palabras.

LOS NIÑOS DE DHAKA

En la Bienal de Arte Contemporáneo de Bangladesh fui el artista invitado para representar a mi país. Decidí llenar el pabellón de sillas de madera, cada una con una historia específica. En ellas invité a sentarse a niños en situación de exclusión y extrema pobreza. El día inaugural el pabellón fue clausurado por la polémica al mostrar una situación habitual de Bangladesh, pero que quería ser ocultada en una bienal únicamente construida con el fin de maquillar la realidad.

LA DICOTOMÍA DEL DESNUDO

La primera vez que inauguré una exposición en la ciudad de Tirana decidí instalar mi cuerpo desnudo en el centro del espacio museístico, lo que generó una gran controversia. La mayoría de los asistentes se tapaban los ojos para no ver el desnudo en vivo provocando situaciones de enorme contrariedad. A las dos horas, solo quedaban en el espacio tres o cuatro jóvenes que, al terminar, me invitaron a acompañarlos en su coche. En una ciudad tan conservadora como lo es la capital de Albania acabamos en un local con decenas de hombres desnudos y maquillados en el que se entremezclaban bailes tradicionales con escenas eróticas explícitas. Nuevamente, en este nuevo espacio, mi cuerpo desnudo volvió a ocupar el centro.

BARRIO DE SANTA FÉ

Hasta mi tercer viaje a Bogotá no había pisado las calles del barrio de Santa Fé, un barrio donde el tráfico, la prostitución y la delincuencia están a la orden del día. A partir de entonces, este lugar ha sido protagonista en varias de mis obras. En él he realizado procesos de armonización hasta prostituirme en sus calles. Otros procesos de intercambio sexual, investigación y procesos críticos en torno a la infancia desprotegida del lugar, instalaciones artísticas en casas y espacios públicos del barrio. Si Esther Ferrer define el arte performativo como espacio, tiempo y cuerpo, durante más de un año el barrio de Santa Fé fue mi lugar.

EL DESCANSO

Cada dos años vuelvo por amistad a la ciudad de Houston, siempre en el marco de la Bienal de Arte Contemporáneo. Siempre me recuerdan la primera vez que asistí como artista internacional invitado y desaparecí el primer día. Al cuarto, me encontraron en la casa de una mujer. Había decidido tomarme un Descanso.

IL POMMIDORO

Siempre que inauguro una exposición en la ciudad de Roma, sigo la tradición de visitar cada día Il Pommidoro, en Piazza dei Sanniti. Hasta pocos días antes de su muerte, en este restaurante escribía y cenaba a diario Pier Paolo Pasolini.

ALESSIA

Paseé durante horas por la isla de San Servolo. Instantes antes de estrenar mi obra en el marco de la bienal, me alojaron en un hotel en la misma isla. Curiosamente, cada habitación tenía un nombre. La mía se llamaba Alessia. Al lado de mi cama explicaba que una enferma mental del mismo nombre había sido internada en aquella estancia y había fallecido en ella. El palacio que recorre toda la isla antes de ser hotel y espacio artístico fue uno de los mayores hospitales psiquiátricos que sucumbió a las llamas y fue reconstruido años después.

LA MUERTE DEL ARTISTA

La muerte como proceso creativo. La muerte del artista como detonante. Si el artista es asesinado durante el proceso de creación, la propia muerte dotaría de sentido a la obra. Si la muerte llega dentro del proceso artístico, la obra convertiría al asesino en artista y al cadáver en la propia obra de arte.

NO SÉ MORIRME

Es habitual leer entre mis palabras referirme al derecho a no nacer. Del mismo modo lo es hablar de la autodeterminación para morir como un derecho o como una situación que deseo vivir de forma temprana, desde la premisa de decidir por mí mismo algo que no pudimos hacer ni mi madre ni yo en cuanto al nacimiento.

Debo asumir que a lo largo de mi experiencia vital han sido varios los momentos autolesivos o intentos de muerte.

Ahora mismo no sé cuándo moriré. Ahora mismo no sé morirme.

EL OTRO CUERPO

Si no me pudiera quitar la vida, ahora mismo no estaría vivo.

Habitarme es tan doloroso que daría mi vida por ser huésped de otro cuerpo.

EL CRIMINAL

Siendo coherente y consecuente con mis orígenes, mi entorno y mi contexto socio-político, yo nací también como criminal. Pero más allá de mi persona, SÍ, los artistas debemos utilizar el arte para implosionar el sistema. Detesto la palabra sistema, porque a lo malo hay que ponerle nombre y apellido. Si como digo ese sistema es capaz de sentar únicamente por ideología a personas ante un juez, exiliarlas o apresarlas, creo que es un deber del artista reventar ese sistema. Yo no tendría la oportunidad de desobedecer si ellos no me hubieran dado el escenario para ello. El creador no puede estar supeditado a nada. El creador no debe ser sometido. El creador debe ser arma y detonante.

«Bajo un gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para un hombre justo está en la cárcel [...] Es allí, en ese suelo separado, pero más libre y honorable, donde el Estado coloca a los que no están con él, sino en su contra, donde el hombre libre puede habitar con honor».

Henry David Thoreau

EL NO RETORNO

Nunca pensé que pudieran detenerme. Nunca pensé que un día me vería obligado a viajar para no volver. Y ambas cosas sucedieron.

LA ESCRITURA

Recuerdo aquellos primeros días en la ciudad de Lisboa, la necesidad de no permanecer demasiado tiempo en aquella casa que no reconocía como hogar. Siempre, a diario, he caminado de forma errante durante horas. En ese caminar encontré un antiguo palacio con largas mesas de madera que invitaban a escribir. Allí terminé el libro que tienes entre manos y varias creaciones literarias más.

EL EXILIO

Resulta irónico que, después de múltiples experiencias marcadas por el abandono, sea yo el que deba abandonar. Abandoné mi casa, abandoné a compañeros, abandoné mis libros y abandoné lo que yo era en aquel entorno. La represión a la subversión es implacable. O asumes su dictamen, o subyaces al ostracismo diseñado y construido para ti.

*Artista, la palabra.
Después de muchos años, al final he conseguido verme
tímidamente representado en su definición.
No obstante, siempre seré enfermo mental antes que artista.*



Abel terminó este libro en su exilio en Lisboa.

Pocos días después, el 20 de mayo de 2019, viajó a la ciudad de Barcelona asumiendo la orden de busca y captura emitida contra él.

Gracias María